

La Glotología Psíquica.

VI

Las relaciones lógico-psicológicas y glotológicas. Clasificación de teorías filosóficas en orden a sus soluciones lingüísticas. Las dos direcciones fundamentales *objetivas* y *sujetivas*, y preponderancia de las primeras en sistematización glotológica. Criterios acerca de las relaciones psíquico-glotológicas. Triple aspecto de la Glotología psíquica. *Aspecto histórico* de la Glotología psíquica. Las relaciones dialéctico-lingüísticas entre los estoicos. Id. entre los neoplatónicos. La *Εισαγωγή* de Porfirio en las escuelas cristianas desde Clemente Alejandrino y Orígenes. Influencias glotológicas de San Isidoro de Sevilla, Alcuino, etc., y bases de los trabajos dialéctico-lingüísticos de éste. Las corrientes arábigo-judaicas y sus escuelas. La Edad Media en el cultivo de los idiomas, é injustificada crítica en este punto. La dialéctica aristotélica en sus tres direcciones, latina, siríaca y helénica. El problema de los *Universales* en el orden lógico-lingüístico. Origen y soluciones del mismo. La solución *nominalista*, la solución *realista*, la solución *conceptualista*, sus autores y sus conclusiones en orden al lenguaje. La solución aristotélica en sus relaciones glotológicas. La *Grammatica Speculativa* de Dans Escoto. Las *Summulae Logicales* de Pedro Hispano y la *Σύνοψις* dicha de M. Psellus. El renacimiento y sus oscilaciones lógico-psicológicas. El problema de los *Universales* nuevamente como centro lógico-lingüístico en épocas posteriores. El nominalismo sensualista y positivista. El realismo ontologista. El conceptualismo kantiano. Criterio legítimo doctrinal. Las variantes lógico-lingüísticas entre los escolásticos. Doctrinas glotológico-lógicas de Caramuel. El *aspecto objetivo* de la Glotología psíquica. Síntesis de las teorías lógico-psicológicas. Los problemas del *ser* y del *conocer* a través de las escuelas filosóficas. Crítica de las soluciones positivistas en la materia. Id. de las trascendentalistas. Teorías inadmisibles sobre el nexo del orden real é ideal y sus soluciones glotológicas. La teoría aristotélica del conocer y sus consecuencias en orden a la naturaleza del lenguaje. El lenguaje como *imagen*. El lenguaje como *signo*, y varios aspectos de éste. El valor significativo del objeto y del concepto en la palabra y orden cronológico de estas significaciones. Orden genético de la significación de lo *universal* y de lo *particular* en la palabra. Doble aspecto de la cuestión y opiniones diversas. Génesis de categorías lingüísticas. La vida del lenguaje é independencia de sus manifestaciones en el individuo y en la sociedad. *Aspecto semántico* general de la Glotología psíquica. Cambios fonéticos y cambios semánticos en sus varias relaciones. Observaciones sobre la *Etimología*. Parte fundamental de la Semasiología, y representación de las influencias retóricas en su desarrollo. Las influencias sintácticas. Objeto de la sintaxis histórica. Procedimientos que han de desecharse en su sistematización, y cuál debe seguirse. Teorías y crítica sobre el concepto del nombre y verbo.

Subordinados los principios fundamentales de la Ciencia del Lenguaje á los principios lógicos y psicoló-

gicos, consecuencia obligada es que alterado el concepto legítimo de éstos, varíen aquellos, y se alteren los diversos aspectos que con los mismos guarda la palabra.

Estudiando la evolución de los sistemas filosóficos y en ellos la historia de las teorías lógicas y psicológicas, encuéntrase, en efecto, no pocas de éstas, en las cuales las relaciones lógico-psíquico-lingüistas aparecen quebrantadas. Y por cuanto las doctrinas psicológicas muéstranse desde luego reflejadas, singularmente en orden al lenguaje, en las teorías lógicas respectivas, y éstas son siempre el resumen y síntesis de aquellas al determinar los confines del sonido oral y de la idea, basta considerar la diversidad de sistemas lógicos para coleccionar las diversas apreciaciones en orden á la naturaleza y valor psicológico y real de la palabra.

Reducidas á grupos dichas escuelas, podemos clasificarlas á nuestro objeto: 1.º, teorías puramente *objetivas*; 2.º, teorías puramente *sujetivas*; 3.º, teorías *teosófico-sujetivas*; 4.º, teorías *teosófico-objetivas*. En las primeras comprendemos todos los sistemas que no reconociendo la actividad psíquica ó prescindiendo de ella, reducen los conceptos á las impresiones sensibles y á la influencia de los objetos en los sentidos, desde el materialismo de la escuela jónica y demás del período *cósmico* de la filosofía griega, hasta el empirismo sensualista de Locke, Condillac, etc., y hasta la fase última de las variantes positivistas después de Comte, Stuart Mill y Herbert Spencer. En las segundas incluimos todas las escuelas que, á la inversa de las anteriores, parten del mundo ideal y, ó limitan á un orden puramente fenoménico el conocimiento de los objetos, ó crean *a priori* la realidad objetiva de los seres, desde el legítimo precursor de Hegel en la filosofía helénica, Protágoras, hasta Hegel mismo y las derivaciones posteriores del ideal abstracto del humano conocer. Con el nombre de teorías teosófico-sujetivas designamos el ontologismo

en sus varias fases, desde las intuiciones neoplatónicas hasta el sistema de Malebranche, el de Gioberti y el de Rosmini con las variantes intermedias; que todas ponen la razón de nuestro conocer en un elemento interno-divino. Las teorías teosófico-objetivas, finalmente, abarcan todas las fases del tradicionalismo que, al contrario de las anteriores, colocan el origen de nuestros conocimientos en un elemento divino-externo.

En estos cuatro grupos de procedimientos á un tiempo ontológicos, psicológicos y lógicos, hállanse en realidad, salvo diferencias complementarias, sólo dos teorías respecto del lenguaje. El lenguaje invade los dominios de las ideas en las teorías que hemos dicho *objetivas*, sea en el *objetivismo puro*, sea en las escuelas *teosófico-objetivas*. Porque, en efecto, así en el empirismo y positivismo como en el tradicionalismo, la palabra constituye la razón de la idea, no la idea la razón de la palabra; por la lengua se forman los conceptos en sus varias categorías y se resuelven luego en expresiones lógicas, fruto de un procedimiento analítico-verbal, y no á la inversa.

En las teorías *sujetivas*, lo mismo en las del *puro sujetivismo*, que en las *teosófico-sujetivas*, el entendimiento invade los dominios de la palabra; el *verbum oris* no es solamente expresión del *verbum mentis*, es una realización del mismo, y un modo de objetivarse en cuanto sirve de medio para comunicarse mutuamente y de encarnación de la idea que se opone á sí misma en el trascendentalismo, y que se opone á la intuición del ente en nuestro entendimiento en las escuelas ontologistas. No es, pues, un signo del concepto en dichos sistemas, sino el concepto mismo con las aplicaciones diversas que cada teoría exige, y que hallamos expuestas, en efecto, en las obras de Hegel, y de Gioberti, según más adelante veremos, lo mismo que en los defensores del positivismo encontramos la transformación del

verbum oris en *verbum mentis*, siendo aquél la razón formal de éste. Así es como vienen á eslabonarse los procedimientos lógicos y psicológicos de las diversas etapas filosóficas con las teorías lingüísticas, reflejándose en todos tiempos, bien que no de igual manera, la acción que aquellos en éstas han venido ejerciendo.

De todas las diversas teorías indicadas, sin embargo, las señaladas por nosotros como *objetivas* en su doble manifestación positivista y tradicionalista, son las más acentuadas en orden á los problemas lingüísticos, y las que más concretan sus principios en la materia, siquiera ellos aparezcan desde luego incompatibles con un sano criterio glotológico.

Excluye la Ciencia del Lenguaje las afirmaciones positivistas, porque destruyen el concepto psíquico-racional del hombre; porque pervierten el de las ideas y juicios, elemento esencial de la palabra; los conceptos ontológicos de universalidad que directamente intervienen en la naturaleza del lenguaje y son en el orden cronológico los primeros elementos que lo determinan; y, en general, todos los principios anteriores y superiores al orden sensible, base y fundamento insustituible de toda glotología científica; finalmente, porque no reconoce el carácter contingente de las relaciones generales entre el pensamiento y el lenguaje, ni menos las concretas por las cuales se manifiesta aquél en las palabras de cada idioma, contra lo que dicta el sentido íntimo y la cotidiana experiencia.

Excluye las segundas, porque pervierten la naturaleza psicológica del hombre, y por ende, la del lenguaje, pecando en un extremo por defecto y en el otro por exceso; porque envuelve *círculos viciosos* perpetuos al intentar demostrar que el lenguaje es esencial al pensamiento, cuando el pensamiento es esencial para que haya lenguaje; porque destruye el carácter esencialmente *reflejo* del lenguaje (en toda palabra entra *un objeto, un*

concepto, la acción *psicológica de elegir* la idea dominante entre las varias que se ofrecen á la consideración en un *objeto*, y el *enlace* de ésta con el sonido); porque el sentido íntimo nos enseña que en el estado actual humano sólo se requiere para la vida intelectual la representación sensible legítimamente efectuada, que inicie y acompañe la operación cognoscitiva, lo cual sólo supone el estado normal del organismo para las representaciones mentales; porque de hecho tenemos ideas de cosas cuyo nombre ignoramos, ó que no lo han recibido todavía, y en aquellas que lo han recibido no hallamos ningún género de enlace necesario entre la idea y la palabra; porque los sordo-mudos de nacimiento, no conocen el lenguaje y no están por esto destituídos de toda idea; porque toda palabra *supone* siempre una idea, y, por consiguiente, no puede ser elemento necesario de ella; porque la palabra, siendo de suyo creación artificial, no tiene en sí valor alguno determinado más que el que *libremente* le da el hombre, así que nó sólo no es fundamento de nuestro conocimiento, sino que sin el conocimiento no podría existir.

Sin embargo, para no exagerar la independencia de relaciones psíquico-glotológicas, conviene tener presentes ciertos criterios: *a)* que por lo dicho la palabra no es necesaria para las simples ideas; y no siéndolo para éstas, no puede serlo tampoco para los juicios inmediatamente formados por la comparación de ellas, que, en último término, no son otra cosa que la simple aplicación de un axioma; *b)* el raciocinio como comparación de juicios, no puede exigir esencialmente lo que para éstos no es menester; pero sí, por lo complejo de su desarrollo, puede muchas veces recibir, y efectivamente recibe del lenguaje valioso y eficaz auxilio, fijando con un signo concreto extremos que en otro caso difícilmente pudiera eslabonar; *c)* la utilidad del lenguaje (encestrando en pocas líneas este punto) puede reducirse á la

utilidad de la palabra como *imagen*, como *signo* y como *instrumento doctrinal*. Para apreciar el valor de la palabra como imagen, bastaría observar nuestro modo de ser psicológico; esta observación psicológica, en efecto, nos advierte la necesidad de una representación sensible que acompaña á *todas* las operaciones mentales, pero sin confundirse con ellas; nos pone de manifiesto que la dependencia de operaciones de la inteligencia están en razón directa de la materialidad de las representaciones é inversa de su inmaterialidad; que la clara percepción intelectual está en razón directa de la simplicidad de la representación mental é inversa de su multitud y complejidad. Ahora bien, por el primer concepto, la palabra, siendo el signo que más se aproxima á la simplicidad de la inteligencia, no puede, sin embargo, jamás confundirse con el acto intelectual, porque es esencialmente *sonido*, y como tal, de naturaleza externa; y porque como palabra, no es objeto de representación imaginativa (á la inversa de lo que sucede con todos los demás signos y objetos), lo cual hace imposible todo error ó confusión en este punto. Por lo que hace á las otras dos condiciones, la palabra es la representación menos sensible que puede imaginarse, y por eso responde á todas las demás sensaciones y no puede ser representada por ninguna; es, también la representación más simple é incompleja que puede darse, porque responde á una sola sensación y porque es independiente de toda representación concreta, de todo objeto determinado. Finalmente, la palabra es una representación fija que responde constantemente á las mismas ideas ó modificaciones de éstas sin cambio alguno.

Como *signo* puede decirse que el lenguaje supera á todos los demás, así naturales, como artificiales. Ni los signos inarticulados del lenguaje impropriamente llamado natural, ni el lenguaje simbólico, copia fiel del lenguaje fonético, de que usan los sordo-mudos con instruc-

ción, puede comparársele en facilidad, exactitud y extensión. No por su facilidad, porque dichos signos suponen el uso de los sentidos corporales en sus varias combinaciones para poder expresar los pensamientos y afectos; no por la exactitud, que sólo alcanzan los conceptos más generales y vagos, mientras la palabra se extiende á las últimas gradaciones intelectuales y afectivas; no por la extensión, pues no alcanzan las ideas completamente abstractas ni sus peculiares modificaciones.

El valor del lenguaje como instrumento doctrinal se colige de sus condiciones como instrumento y como signo. La enseñanza, propiamente hablando, no puede efectuarse sino por medio de la palabra; los sentidos nos ofrecen los objetos, pero la trabazón científica y sistemática de las ideas especialmente abstractas, no puede hacerse sin la palabra. *El verbum mentis* ó concepción ideal no tiene reproducción exacta más que en el *verbum orale* ó en la palabra.

Prescindiendo por un momento de las relaciones fundamentales que nacen de los sistemas ideológicos considerados en sí mismos, existe en la palabra una conexión lógico-psicológica resultante de su carácter intermedio entre los seres y el entendimiento, la cual hace que aparezca como objeto de ambas disciplinas en algunos casos y como fuente de las respectivas materias en otros, siquiera este oficio le corresponda como representación, ya de las cosas, ya de los conceptos, que reflejándose en el lenguaje, son de esta forma presentados por el análisis á la consideración del espíritu.

Por esto, por ser el lenguaje «retrato y reverbero inmediato del pensamiento, y por medio del pensamiento, de las cosas,» como dice Prisco (*Filosof. Speculativa*, I), se ha considerado en el escolasticismo como una de las fuentes remotas de la Lógica; y por eso mismo, en una ú otra forma entendido, encontrámosle sufriendo las vicisitudes y alternativas que esta parte de la Filosofía ha experimentado á través de las edades,

Para proceder, pues, ordenadamente, podemos distinguir en la *Glología psíquica* un *aspecto histórico*, considerándola en sus varias alternativas científicas. Un *aspecto objetivo*, considerando los vocablos en su dependencia originaria formal de los elementos lógicos y psicológicos. Un *aspecto semántico-general*, estudiando estas mismas palabras desde el punto de vista sintáctico y significativo en la frase.

Prescindiendo aquí de la glología india, cuya literatura filosófica, como decíamos en otro lugar, no ha llevado sus imposiciones directas á las teorías lingüísticas, siquiera se encuentren entre los gramáticos sánscritos sistematización de *categorías* verbales como la del Mahabasyha, de Bhartrhari, del Sahitya-Darpana, etc., de las cuales nos hemos ocupado oportunamente (v. 1.^a parte, *La fase glológ. sánscr.*), hallamos la Glología directamente influida por la Filosofía al entrar en la fase helénica, sobre todo desde que los estoicos reducen á un mismo cuerpo doctrinal los problemas del lenguaje y los problemas lógicos (1). En la dialéctica estoica, en

(1) No nos detenemos en ulteriores declaraciones, ya porque sobre esto quedan hechas indicaciones en otro lugar, ya porque no hace á nuestro objeto tratar con mayor detenimiento de las escuelas filosóficas. Es tan sólo nuestro ánimo, como se deja ver, recordar la íntima conexión existente entre las teorías del conocimiento y de su manifestación externa, como razón de muchas teorías y ocasión latente de no pocos errores glológicos.

En los primeros pasos de la *Lógica* y de la *Psicología*, las doctrinas sobre el lenguaje aparecen con cierto carácter tradicional é independiente de todo sistema, cual si debiera estimarse cosa transmitida. Así se presenta entre los mismos griegos quienes arrogándose el honor de ser iniciadores de todo saber y disciplina, y Marco Tulio se lo concede (*Athenas omnium doctrinarum inventrices*—I. I de Orat.)—, muestran en sus orígenes, sin embargo, el influjo de ajenas enseñanzas con no poca frecuencia. No sería, pues, de extrañar que así como la Psicología y Lógica helénicas en sus comienzos, ó sea en la *Filosofía mítica y gnómica*, tisen buena parte de común con las de otros pueblos orientales, de allí hubiesen también recibido la tradición de que la palabra era don divino, ajeno de hecho á las creaciones del humano ingenio, siquiera los progresos posteriores en el campo de la ciencia alterasen luego sus primeras apreciaciones. (Para el concepto comparado de la Psicología primitiva, v. Siebeck, *Geschichte der Psychologie* I.; y asimismo Tylor *Anfänge der Cultur*; Carus, *Geschichte der Psychologie d. Hebräer*, y Grottemeyer,

efecto, según ya hemos expuesto, el lenguaje aparece integrando por modo muy marcado y estable la teoría lógica, y por lo mismo, formando parte de ella. Por eso definieron la Lógica los estoicos: «arte y ciencia de hablar según la verdad y la realidad de las cosas;» y consagraban la parte primera de sus tratados á los vocablos y signos, y la segunda á los conceptos. La gramática, la retórica, etc., eran los preliminares de su Filosofía. (Cf. Zeller, *Phil. der Griechen*, III; y Ueberweg, *Grundriss d. Gesch. d. Philos.*, I). De manera análoga procedieron algunos precursores del neoplatonismo, seguidores del sincretismo formado con las doctrinas de Pitágoras, Platón y Aristóteles, cuyas teorías sobre el lenguaje exponemos en otro lugar.

Notemos aquí que Aristóteles, el príncipe de la Lógica, que es á ella lo que Euclides á la Geometría, como dice Trende-

Homers Grundansicht von der Seele; Delitzsch, *System der bibl. Psychol.*, y Nägelsbach, *Homerische Theologie*).

Pueden citarse, entre otros lugares de Homero, que reflejan doctrinas psicológicas comunes á los antiguos pueblos: de la *Iliada*, I. I, 562; 593: I. II, 36; 223: I. III., 9: I. VI. 61: I. VIII, 202; 413: I. IX, 312: I. XIII, 654: I. XV, 280: I. XVI, 469; 505; 606. De la *Odisea*, I. VIII, 149: I. XIV, 197: I. XVII, 284). La influencia tradicional de las doctrinas orientales entre los griegos es admitida por muchos antiguos escritores, entre ellos, por Clemente Alejandrino en sus *Misceláneas (Stromata)* y en sus demás escritos; por Eusebio en su *De Praep. Evang.* (I. IX y X), por Teodoreto (*Serm. I de curandis Graec. affect.*), por S. Cirilo (*Contr. Jul.*, I), y antes de estos por S. Justino Mart. en la *Paraen. ad Gentes*, etc. Entre los modernos, F. Schlegel, *Filosofía dell' istoria* (trad. ital. I); Lepsius (*Die Chronologie der Aegypter*, I); Hegel (*Philosoph. der Geschichte*); v. Thimus (*Harmonikale Symbolik des Alterthums*), etc. Las tesis extremas en este punto están, como queda indicado, representadas por Gladisch, que no ve en los orígenes griegos más que doctrinas extrañas, y por Zeller, que las cree todas exclusivamente propias. Es indudable que el justo medio que debe sostenerse en este punto en orden á las teorías lógicas y psicológicas, es el mismo que debe prevalecer sobre el carácter primitivo de sus ideas sobre el lenguaje. (Para la historia de la Lógica y sus relaciones en las escuelas antiguas con el lenguaje, v. *De log. orig. et variet.* de Gassendi; el *System. der Logik* de Ueberweg; el *Grundriss d. Gesch. d. Philosoph.*, I., del mismo; la *Gesch. der Phil. d. Griechen* I, de Zeller; Harms en su *Geschichte der Logik*; y Prantl, en su obra con igual título).

lemburg, en los tratados que componen su *Organon*, comienza por el de las *Categorías* (*κατηγορίαι*) elementos á la vez de palabra y de concepto, al cual sigue el *de la interpretación* (*περὶ ἑρμηνείας*), en el que empieza por sentar las nociones gramaticales y científicas sobre el nombre, verbo, la oración, etc.

Entre los neoplatónicos, Plotino, siguiendo la dirección del platonismo (no sin reconocer la importancia de la Lógica aristotélica) y contraponiendo el entendimiento (*νοῦς*), la razón (*λόγος*), y el sentido interior ó cogitativa (*διάνοια*), á la facultad inferior ó sentidos externos, dejaba á la palabra con el carácter de expresión de los sentidos exteriores. Los géneros, las especies, y en general los *universales*, no tenían para Plotino realidad fuera del *νοῦς*, de suerte que los nombres venían á formar categorías de palabras vacías de significación real. Su discípulo Porfirio, que ha escrito el conocido y justamente celebrado opúsculo (cualquiera que sea el juicio de algunos críticos) *Εἰσαγωγή εἰς τὰς Ἀριστοτέλους κατηγορίας*, donde expone con exactitud la doctrina aristotélica de los universales en cuanto se refieren á las demás partes de la Lógica, no ha querido, y así lo dice expresamente, plantear el problema de la realidad ó no realidad de lo significado por las voces universales. Pero su trabajo puesto entre las dos corrientes platónica y aristotélica, vino á ser como centro al cual se refirieron los contendientes de una y otra escuela en la lucha tenaz y sostenida sobre el valor de los universales dichos, problema á la vez lógico, metafísico y lingüístico. En las escuelas cristianas se explicaron desde luego las categorías según la Introducción de Porfirio, y si bien el eclecticismo racional que abrió la escuela ortodoxa alejandrina hizo familiarizar á los antiguos escritores eclesiásticos con toda la filosofía griega, especialmente con la estoica, platónica y aristotélica, iniciándose con ello varias direcciones, puede decirse que en orden á la Lógica prevaleció casi exclusivamente el sistema de Aristóteles, y por esto mismo, su doctrina sobre las categorías lógico-gramaticales y sobre el valor representativo de las palabras, no inmediato en orden á las cosas, sino en orden á las ideas, y mediante éstas, significativo de las cosas. Clemente Alejandrino, que resume la lógica de Aristóteles, Orígenes y, en general, la dialéctica patristica en lo que se refiere á las

cuestiones aludidas, desde el fundador del Didascalio hasta San Agustín, y desde éste hasta San Isidoro de Sevilla, y el Damasceno, ambos compiladores también de la lógica aristotélica, mantienen el criterio dialéctico-gramatical del Estagirita, no sin una tendencia cada vez más pronunciada á realzar el elemento de la significación de las palabras en dicha disciplina, que recuerda el sistema de la escuela estoica, y que encontramos ya en la descripción que de la Lógica dió Orígenes: «Est enim *Logice*, escribe, (Prol. in Cant. cantic.), et velut nos dicimus, *rationalis, quae verborum, dictorumque videtur continere rationes, proprietatesque et improprietates, genera que et species, et non tam separari quam inseri ceteris convenit, et interxi.*» La Lógica, la Gramática y la Retórica en San Agustín, los principios ya filológicos, ya lógico-lingüísticos en Marciano Capella, cuyo libro de las *Siete artes liberales* tanta aceptación alcanzó en la Edad Media, en el eruditísimo comentador de las *Categorías*, Simplicio, en el no menos erudito Juan el gramático, en Miguel Psello, en Juan Italo, en Eustracio, etcétera, muestran el alcance que se le daba á la significación de las palabras, y como estaban lejos de ser ajenos á su desarrollo los problemas dialécticos que entonces se planteaban.

La influencia grande ejercida por San Isidoro Hispalense y el prestigio alcanzado por sus libros de las *Etimologías*, así como la acción de la escuela de Sevilla por él instituida, donde se enseñaba el *Trivium* y el *Quadrivium* con la mayor perfección que era dable en aquella época; la reacción que en el mismo sentido que la despertada en España por San Isidoro, procuraron en las Galias Claudio Mamerto, en Italia Boecio y Casiodoro, en Inglaterra y Germania el venerable Beda y Alcuino, su discípulo, traído á las Escuelas de Carlo-Magno, fueron harto decisivas para establecer cada vez más profundas relaciones entre la dialéctica, la gramática y la retórica, mientras se consolidaba también la vida peculiar de cada una de estas disciplinas dentro del plan de las *Siete artes liberales* (1).

(1) En tiempo de Alcuino, quien escribió también su tratado de las *Siete artes*, era muy corriente en las escuelas un compendio de dialéctica atribuido á San Agustín, escrito con criterio estoico-aristotélico, en que dominaba por lo mismo la parte gramatical; según se ve por el prólogo de Alcuino *ad Carolum Augustum super*

Al lado de la evolución lógico-gramatical de las escuelas latinas, vino á formarse la de los árabes en cuanto era deducción obligada del Aristóteles que ellos han importado y habían recibido de ajenas manos, como queda dicho en la *Primera parte* de este trabajo. Otra erudición gramatical ni lingüística de orden *filosófico* no tuvieron hasta muy tarde, á saber, cuando por los siglos XIV y XV aparecieron tratados de *Analogía* como el *Catholicon* de Ibn-el-Cadí, y el de el-Mawerdi, que en el nombre lo mismo que en la doctrina son trasunto de la enseñanza griega antigua, vieja en Occidente; ni podía suceder de otro modo, cuando, según lo que dejamos sentado en otro lugar, los árabes no conocieron el griego, ni estaban en condiciones de hacer grandes especulaciones glotológicas según los procedimientos europeos (2). Por eso al decir Casiri que Al-

Categorías Augustini, fué libro de general influencia. Pero este trabajo, así como otros gramaticales y retóricos que han corrido con el nombre del Doctor de Hipona, no es probable sean producciones suyas (Cf. Prantl, *Gesch. d. Logik*, entre otros).

Los trabajos gramaticales y dialécticos de Alcuino están basados en las obras de S. Isidoro, en las del Venerable Beda, que á su vez, en lo que se refiere á estos asuntos vienen á ser trasunto de las del inmortal arzobispo de Sevilla, y en el trabajo del Pseudo-Agustín. Un compendio de las artes liberales que se le ha atribuido á Alcuino, no parece le corresponda; es un extracto hecho sobre Casiodoro por autor ignorado. La obra de Casiodoro *De artibus ac disciplinis liberalium litterarum*, cuya primera parte estudia al uso de aquel tiempo las tres *artes seu scientiae sermocinales* gramática, dialéctica y retórica, ha sido uno de los tratados más populares en la Edad Media. (De las obras de S. Isidoro hablamos en otro lugar; sobre su *Lógica*, v. Prantl, ob. cit., II. De las obras del V. Beda, además de las edic. de París y Basilea del siglo XVI, y las dos de Colonia del XVII, tenemos la de Giles, *The compl. works of ven. Beda in the orig. lat.* — Lond. 1843-44. — Sobre Boecio — edic. de Venecia en el siglo XV, dos de Basilea del XVI, y la de París, 1847 — v. Nitzsch, *Das System. d. Boëthius etc.*; y Bergstedt, *De vita et scriptis Boethii*. Sobre Casiodoro — edic. de París, s. XVI y XVIII en Venecia — 1729 — y complemento importante *De artibus et discipl. lib. litter.* antes inédito, Card. A. Mai, Roma, 1831, — v. Thorbecke, *Cassiodorus Sen.*, y A. Franz con el mismo título. Sobre Alcuino — edic. de París, s. XVII y de Ratisb. 1777, — v. Monnier, *Alcuin et son influence littér. etc.*, Bahrdt, *Alc. der Lehr. d. Karls d. Gr.*, y Prantl, ob. cit.)

(2) Al hacer el tránsito al periodo de la filología árabe y de la

kendi (y algunos otros árabes) «*omnigenae disciplinae graecae, persicae, indicae peritia claruit,*» no puede referirse sino á la erudición únicamente doctrinal, ya que para Al-kendi tan desconocida era la lengua griega como la de los indios.

Se ha sostenido que la civilización árabe es verdaderamente europea, sin que los impugnadores de tal aserto hayan conseguido debilitarle, existiendo además el hecho de que si los árabes no han sabido ser civilizados sino al contacto de los

filología rabinica, seguimos la evolución interna del estudio lingüístico en sus movimientos históricos, en su enlace respectivo. Por eso nos detenemos muy poco en el periodo filológico de la Edad Media latina, que representa más bien la fase conservadora de los antiguos elementos romanos y griegos (y éstos especialmente reflejados en aquéllos), sobre los cuales reacciona la restauración clásica en los albores de la edad posterior, no sin profundas ingratitudes para con los hombres y tiempos que viendo pasar sobre sí los efectos de grandes vicisitudes y hondas transformaciones, mantienen, sin embargo, como en custodia los tesoros del saber antiguo, para legarlos íntegros á un renacimiento que apenas acierta más que á darle brillo, sin que sepa producir nada nuevo que le señale con carácter creador en los fastos de la historia.

Entre las cosas objeto de injustificada crítica de la Edad Media, está el abandono en el estudio de las lenguas y de los problemas que el lenguaje suscita. Esta acusación, en rigor, es muy aplicable al mismo renacimiento, que no supo traspasar las fronteras del clasicismo sin que tenga las justas excusas de los tiempos medioevales en que al fundirse los restos dispersos de antiguos organismos, al constituirse las nacionalidades y consolidarse con ellas los elementos flotantes de los idiomas nacies, veíase forzada á asistir silenciosa á sus propias transformaciones sin que fuese posible decidir cosa alguna sobre las contingencias de las nuevas entidades, ni menos estudiarlas antes de su formación; labor esta que debía caer bajo la acción de los tiempos subsiguientes, que, sin embargo, han reparado muy poco en ello antes de nuestros días. Por lo que hace á la amplitud numérica de conocimientos de idiomas, á la Edad Media no puede pedirsele estudio de lenguas cuya existencia se ignoraba, ni puede lógicamente inculparse más á los sabios medioevales que á los del clasicismo latino y griego, los cuales al excluir con el dictado de *barbaro* todo lenguaje extraño, tan estrechamente hubieron de proceder en sus sistemas filológicos, cerrando además el paso á los tiempos que le sucedieron, para las conquistas de la ciencia.

Por lo demás, dentro de los ámbitos de las especulaciones filosóficas, que en grado tan alto se han realizado en los tiempos medios, el carácter psicológico del lenguaje y sus relaciones lógicas háncse